

Mari = Castaña

*S*ALUD, noble bandera
de blanco, azul y rojo,
jamás ningún sonrojo
fué mancha a tu esplendor.



REVISTA
MENSUAL
PARA
NIÑOS



VALE
10 CTS.

Ch. F. T. S. d.

PARA EL REY DE LA CASA

o sea su hijo, Ud. quiere lo mejor, pues bien: la mejor leche para su niño, la que está libre del peligro de los microbios gracias al moderno procedimiento de la pasteurización es la

LECHE PASTEURIZADA

EL PRODUCTO DE CONFIANZA

Procedente de los mejores hatos de ganado Jersey en Cartago. Tiene el 4% de grasa.

PLANTA PURIFICADORA DE LECHE

SERVICIO A DOMICILIO - TELEFONO No. 2987

MARI-CASTAÑA

El mes entrante tendrá nuevos cuentos, adivinanzas, una dramatización, titulada: EL HIJO DEL CARDADOR DE LANA y varias historias referentes a Colón y al descubrimiento de América.

Mari-Castaña se envía a cualquier punto del interior al recibo de 10 cts. en estampillas nuevas.

La suscripción vale ₡ 1.00 al año.

De venta en las librerías Universal, Alsina, Lehmann y Tormo, de San José. Librería Internacional de Heredia. Agencia Lines de Cartago.

Dirección.— Apartado 1337.— San José.

ADIVINANZAS

Solución de las del N.º anterior.

1ª.—En el diccionario: la palabra felicidad.

2ª.—El silencio.

3ª.—En que tiene título.

4ª.—Un clavo de la suela de su zapato.

Para el próximo número.

1ª.—Dos hermanos son, uno va a misa y el otro no.

2ª.—El mismo camino andamos, ni nos vemos ni nos encontramos.

3ª.—¿Qué es lo que se dice una vez en un minuto y dos en un momento?

4ª.—Vuela sin alas,
silba sin boca,
szota sin manos,
y tú no lo ves, ni lo tocas.

Mari = Castaña

Con aprobación de la Secretaría de Educación Pública

Año I

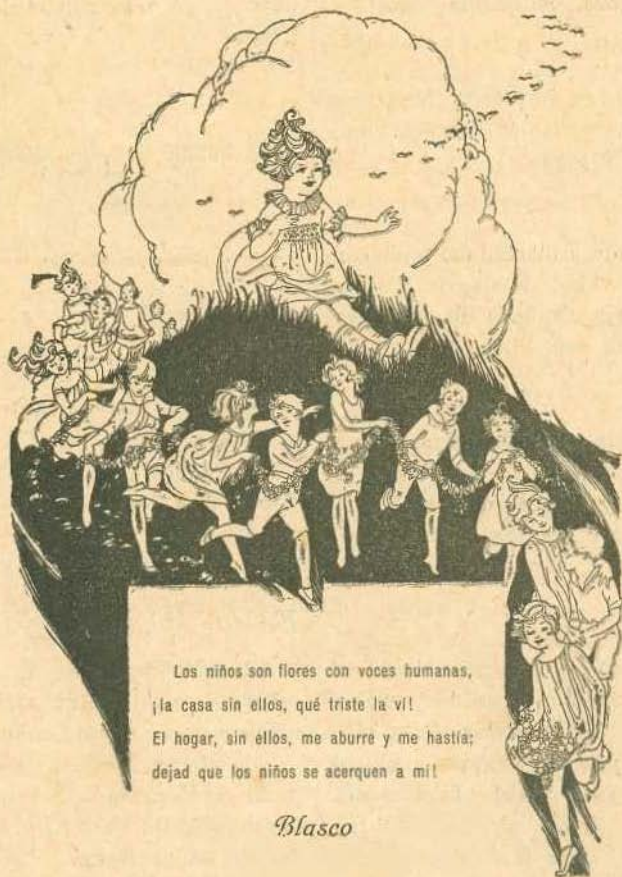
San José, C. R., 1.º de Setiembre de 1932

No. 3

Revista Mensual
para Niños

Editora: María del Rosario Ulloa de Fernández
Apartado 1337

Vale 10 cts.



Los niños son flores con voces humanas,
¡la casa sin ellos, qué triste la vi!
El hogar, sin ellos, me aburre y me hastía;
dejad que los niños se acerquen a mí!

Blasco

La mentira es como mugre del alma.

¡Viva la Bandera!

Esta dramatización debe ir acompañada de música, marchas y ejercicios calisténicos apropiados. Tomará parte un regular grupo de niños uniformados, portando cada uno, una bandera tricolor. La declamación puede hacerse en coro o individual.

1

Esta es la bandera de la Patria nuestra. Es algo sagrado; es un gran tesoro. ¡Saludadla todos!

2

Miradla es muy bella: tiene tres colores; recordadlos siempre: blanco, azul y rojo.

3

El Hada Libertad la tejió con hilos de valor, de alegría, de paz, de trabajo. Cuidaos de destrozar alguno de esos hilos.

4

Quien la mancha, se mancha a sí mismo. Quien la ennoblece se eleva muy alto, y quien la defiende o muere por ella, es un héroe. ¡Honradla y amadla siempre!

5

Hoy, en el día grande de la Patria, ponedla a ondear en los parques, en las plazas, en el alero de vuestros hogares, en los palacios y en las chozas. Ponedla a flotar así, así, así, (Agitan las banderas) libre y feliz sobre toda Costa Rica.

6

Ella, nuestra Bandera, merece todo respeto y cariño: merece todas las flores de nuestros jardines; los más hermosos cánticos; los más ardientes besos; las más nobles promesas, los juramentos más sagrados y un grito que se debe oír en el mundo entero y que es el de: ¡VIVA LA BANDERA DE COSTA RICA!

Tres cosas que Ud. debe saber

1ª.—El 15 de setiembre de 1821, el antiguo reino de Guatemala, dentro del cual estaba comprendido Costa Rica, se separó de España.

2ª.—El acta de la Independencia de nuestra Patria fue firmada en Cartago, el 29 de octubre de 1821.

3ª.—El primer Presidente de Costa Rica fué don Juan Mora Fernández.

En la Agencia de Policía

El agente. Quiere Ud. decir, señora, que Ud. rehusa renovar la licencia de matrícula de su perro?

La señora. Eso es, pero...

El Agente. Nada de peros, señora; será Ud. multada. La matrícula ha expirado.

La señora. Y también mi perro.

El pícaro pajarillo

HABÍA una vez un pajarito que se fué donde un sastre, y le mandó que le hiciese un vestido de lana. El sastre le tomó la medida y le dijo que a los tres días lo tendría acabado. Fué enseguida donde un sombrerero y le mandó hacer un sombrerito, y sucedió lo mismo que con el sastre; y por último fué donde un zapatero, le



tomó la medida, y le dijo como los otros que volviese por ellos al tercer día. Cuando llegó el plazo señalado, se fué donde el sastre que tenía el vestido de lana acabado, y le dijo:

—Póngamelo Ud. sobre el piquito y le pagaré.

Así lo hizo el sastre pero en lugar de pagarle, el pícaro se echó a volar, y lo propio sucedió con el sombrerero y con el zapatero.

Vistióse el pajarito con su ropa nueva y se fué al jardín del Rey, se posó sobre un árbol que había

delante del comedor, y se puso a cantar, mientras el rey comía:

—Más bonito estoy yo con mi vestido de lana,

que el rey con su manto de grana.

Y tanto cantó y recantó lo mismo, que su Real Majestad se enfadó, y mandó que lo cogiesen y se lo trajesen frito.

Así sucedió. Después de desplumado, y frito, se quedó tan chico, que el Rey se lo tragó enterito.

Cuando se vió el pajarito en el estómago del rey que parecía una cueva más oscura que media noche, empezó sin parar a dar sendos picotazos de derecha a izquierda.

El Rey se puso a quejarse, y a decir que le había caído mal la comida y que le dolía el estómago.

Vinieron los médicos y le dieron a su Real Majestad una medicina de la botica para que vomitase; y conforme empezó a vomitar, lo primero que salió fué el pajarito, que se voló más súbito que una exhalación. Fué y se zambulló en la fuente, y en seguida se fué a una carpintería y se untó el cuerpo con cola; fuése después a todos los pájaros, y les contó lo que le había pasado, y les pidió a cada uno una plumita y se la iban dando, y como estaba untado de cola se le

iban pegando; como cada pluma era de diferente color se quedó el pajarito más bonito que antes, con tantos colores como un ramillete. Entonces se puso a dar voleteos por el árbol que estaba delante del balcón del Rey, cantando que se las pelaba.

—¿A quién pasó lo que a mi?
En el Rey me entré, del Rey me salí!

El Rey dijo:

—Que me cojan a ese picaro pajarito.

Pero él, que estaba sobre aviso echó a volar que bebía los vientos y no paró hasta posarse sobre las narices de la luna.

¡Co co ro có...!

Mi gallina catalana
pone un huevo a la semana;
pone uno, pone dos, pone tres,
y cuando da un salto,
pone cuatro;
si da un brinco,
pone cinco;
y cuando no la veis,
pone seis;
y en un periquete,
pone siete;
si la dan bizcocho,
pone ocho,

y cuando no llueve,
pone nueve;
si la mira un pez,
pone diez.

—¿Qué hará Luisito,
con tanto huevito?

—Los contará al revés,
y a usted le dará diez,
nueve, ocho, siete, seis,
a mi amigo Jacinto,
le daré cinco,
cuatro, tres, dos, uno...
¡y no queda ninguno!

Una ocurrencia

Para la Srta. Matilde Barrantes, predilecta discípula que fué de mi hermana Elena.

La lección terminó
y la feliz parvada,
corriendo alborozada
en breve se alejó.

Solamente quedó
Matilde, tan callada,
que la maestra ocupada
leyendo no advirtió.

Y la alumna querida,
tan rubia y blanca y buena
callaba... cuando en eso

se acerca decidida,
y exclama: — Niña Elena,
¿por qué no me da un beso?

LEÓN VARGAS

El Padre Eterno

A la venerada memoria de mi querido
Prof. don Juan Rudin. *Ma. del Ro. U. de F.*

La maestra de Religión explicaba a los alumnos del I Grado la historia del Padre Eterno y les mostraba una lámina del Creador del Universo. Por el corredor acertó a pasar don Juan Rudin. José Luis, el más travieso de la clase, dijo al compañero, señalando al viejo Maestro:—ahí va el Padre Eterno.—La frase se repitió de boca en boca. Un día don Juan la cogió al vuelo y llamó a José Luis a la Dirección.

—¿Cómo me llamo yo? le dijo sonriente.—Don Juan Rudin—contestó el atemorizado muchacho.

—No, así no me llamo—insis-

tió el Maestro.—Yo tengo otro nombre.

—¿Otro nombre?

—Sí, me llamo Padre Eterno, un lindo nombre, verdad?

—Perdóneme, don Juan, murmuró José Luis.

—Le perdono con una condición: de que me siga llamando Padre Eterno, me gusta, me gusta mucho ese nombre, imagínese don Juan Rudin el Padre Eterno, ¡qué honor más grande!

Ahora, el Maestro tendrá que perdonar a José Luis desde la gloria porque el travieso muchacho nunca lo volvió a llamar Padre Eterno.



Este viejecito de rostro simpático y largas barbas blancas se llamó don Juan Rudin. Fué un gran maestro que vino de Suiza a educar niños costarricenses. Falleció en San José, el 4 de Agosto de este año. Niños de Costa Rica: ¡venerad su memoria!

¿Una Santa en Lima? ¡Imposible!

Según una leyenda popular esta fué la exclamación del Papa Clemente IX cuando le pidieron la beatificación de Santa Rosa, hoy patrona de Lima, del Perú, de toda la América y de las islas Filipinas.

—Ved, Santo Padre, que Santa Rosa ha hecho muchos milagros— insistió alguien.

—Para creerla tendría que repetirlos—agregó Su Santidad.

Y al instante comenzó a caer sobre los allí presentes una lluvia de pétalos de rosa.

Su Santidad, conmovido, se arrojó murmurando:—Santa Rosa serás por los siglos de los siglos.—E inmediatamente dió el decreto de la beatificación.

La familia es una patria pequeña.

La Hormiguita

HABÍA una vez una hormiguita tan primorosa, tan hacendosa que era un encanto. Un día que estaba barriendo la puerta de su casa se halló un ochavito. Dijo para sí: ¿qué haré con este ochavito? Compraré piñones? No, que no los puedo partir. ¿Compraré merengues? No, que es una golosina. Pensólo más, y se fué a una tienda donde compró un poco de arrebol, se lavó, se peinó, se aderezó, se puso su colorete y se sentó en la ventana. Ya se vé; como que estaba tan acicalada y tan bonita, todo el que pasaba se enamoraba de ella.

Pasó un toro, y la dijo:

—¿Hormiguita, te quieres casar conmigo?

—Y cómo me enamorarás? respondió la hormiguita.

El toro se puso a rugir; la hormiguita se tapó los oídos con ambas patas.

—Sigue tu camino, le dijo al toro que me asustas, me asombras y me espantas.

Y lo propio sucedió con un perro que ladró, un gato que maulló, un cochino que gruñó, un gallo que cacareó. Todos causaban alejamiento a la hormiguita; ninguno se ganó su voluntad, hasta que llegó Ratón Pérez que la supo enamorar tan fina y delicadamente que la hormiguita le dió su manita negra. Vivían como

tortolitas y tan felices, que de eso no se ha visto desde que el mundo es mundo.

Quiso la mala suerte que un día fuese la hormiguita sola a misa después de poner la olla que dejó al cuidado de Ratón Pérez, advirtiéndole como tan prudente que era que no menease la olla con la cuchara chica, sino con el cucharón; Pero el Ratón Pérez, hizo por su mal lo contrario de lo que le dijo su mujer: cogió la cuchara chica para menear la olla y así fué, que sucedió lo que ella había previsto.

Ratón Pérez, con su torpeza, se cayó en la olla, como en un pozo y allí murió ahogado.

Al volver la hormiguita a su casa, llamó a la puerta.

Nadie respondió ni vino a abrir. Entonces se fué a casa de una vecina para que la dejara entrar por el tejado. Pero la vecina no quiso, y tuvo que mandar por el cerrajero para que le descerrajase la puerta.

Fuése la hormiguita en derecha a la cocina; miró la olla, y allí estaba: ¡qué dolor, el Ratón Pérez ahogado, dando vueltas sobre el caldo que hervía! La hormiguita se echó a llorar amargamente.

Vino el pájaro y la dijo:

—Por qué lloras? Ella respondió:

—Porque Ratón Pérez se cayó en la olla.

—Pues yo, pajarito me corto el piquito.

Vino la paloma, y le dijo:

—¿Por qué pajarito te has cortado el pico.

—Porque el Ratón Pérez se cayó en la olla y que la hormiguita lo siente y lo llora.

—Pues yo, la paloma me corto la cola.

Dijo el palomar:

—Por qué tú, paloma, cortaste tu cola?

—Porque Ratón Pérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito cortó su piquito, y yo la paloma me corto la cola.

—Pues yo palomar, vóime a derribar?

Dijo la fuente clara.

—¿Por qué palomar vaste a derribar?

—Porque el Ratón Pérez se cayó en la olla y que la hormiguita lo siente y lo llora, y que el pajarito cortó su piquito, y que la paloma se cortó la cola; y yo palomar, vóime a derribar.

—Pues yo fuente clara, me pongo a llorar.

Vino la Infanta a llenar la cántara.

—Por qué, fuente clara, póneste a llorar?

—Porque el Ratón Pérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora y que

el pajarito se cortó el piquito, y que la paloma se cortó la cola; y que el palomar fuése a derribar, y yo fuente clara, me pongo a llorar.

—Pues yo que soy Infanta, romperé mi cántara.

Y yo que lo cuento acabo en lamento, porque el Ratón Pérez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora.

El Juego del tráfico

Se sientan dos o más niños en una ventana que da a la calle. Cada uno marca con puntos en un papel y durante 15 minutos el valor de las personas, animales y cosas que pasan por fuera, según la siguiente tabla: hombres 1 punto; mujeres 2, niños 3; automóviles 4; caballos 5; camiones 6; perros 7; gatos 8; pájaros 9; carretones 10. Hay uno que hace de juez y que al final cuenta los puntos. El que alcance mayor número de puntos, es el vencedor, y ese hará de juez en el próximo juego.

LA POSADA

Un viajero llega a una aldea y entra en la «Posada de los Dos Burros.»

Al ver a un individuo sentado en un banco, le pregunta:

—¿Dónde está su compañero?

No tengo ninguno; aquí no hay más amo que yo.

—Entonces, ¿por qué dice la muestra que son dos?

Oración a Costa Rica

SOY costarricense, y hoy, 15 de setiembre, vengo a murmurar esta plegaria ante el altar sagrado de la Patria.

Te amo, Costa Rica, orgulloso estoy de ser uno de tus hijos!

Amo tus montañas llenas de bosques majestuosos y de valles sonrientes.

Amo tus soberbios volcanes, entre los que se destacan por su belleza y actividad, el Poás y el Irazú.

Amo tus grandes ríos de pintorescas riberas: el Tempisque, el San Juan, el Reventazón, el Grande de Térraba, el Sixola, el Grande de Tárcoles.

Amo tus mesetas donde crece y se cultiva el café, fuente de riqueza y bienestar.

Amo tu clima que es una eterna primavera y que favorece todos los cultivos.

Amo tus lluvias copiosas y fecundantes.

Amo tus veranos con sus venticillos fríos y sus celajes de mil colores.

Amo tus costas: la del Atlántico con sus tormentas y sus rocas escarpadas; la del Pacífico, con sus quietas ensenadas y profundos golfos bordeados de palmeras y de mangles.

Amo tus praderas, tus flores, tus pájaros.

Amo tu Himno Nacional, que es un bello cántico de paz y de trabajo.

Amo tu Bandera Tricolor, que es el lienzo de todas tus glorias.

Amo a España porque eres su hija, y Ella te dió la hermosa len-

gua que hoy hablo y la religión que profeso.

Amo y venero la memoria de aquellos próceres que en aquel lejano 15 de setiembre de 1821, te hicieron libre sin derramar una sola gota de sangre.

Amo el recuerdo de los héroes, que como los de la Campaña del 56, cayeron en defensa de tu territorio y de tu título de nación libre y pacífica.

Costa Rica! Te amo a ti toda. ¡Que Dios y tu buena estrella te acompañen siempre!



El Retumbar de los Cañones

—Estoy seguro que el retumbar de los cañones debe producirle dolor de cabeza a ese militar.

—Con razón yo lo ví el otro día comprando Cafiaspirina en la botica.

De la Patria nuestra

Un baño en la presa

Por Manuel González Zeledón

CRUCÉ en compañía de mi hermano Chepe la esquina de doña Guillerma Cacheda, con dirección a la Plaza Principal, llegué a la tienda de don Maurilio, torcí a la derecha hasta la escuela de las niñas Gutiérrez, no sin pararme largo rato en las aceras del Bazar Atlántico de don Manuel Argüello y pedir a Baltazar, en «La Esperanza» de don José Trinidad Chaves, un pedacito de hielo que me duró hasta la esquina de la Artillería. Ibamos a la Escuela de don Adolfo Romero una mañana del mes de Marzo de 1874. Mi equipo consistía en un vestido de cotín azul con vivos blancos, blusa de botones de hueso con sus dos bolsas pecheras, calzón de media pierna, botas de becerro con delantera colorada y águila americana, compradas donde «Lescoviché» y sombrero de fieltro panza de burro, forma de bolsa de chorrear café, de los más baratos que introducía don Julián Carazo.

Bajo del brazo y colgando de un orillo de paño, regalo del maestro Madriz, llevaba mi bulto, hecho de un cartón de tijeras, primoroso obsequio de don Teodorico Quirós. Contenía ese bulto una pizarra, un cuadernillo de papel

de venas, un casquillo de puerco espin, una regla de cedro, mi trompo, un mango verde y una botella de agua dulce con limón, tapada con olote.

Los mejores propósitos me llevaban a esa hora a mis cotidianas lecciones; pellizcaba de cuando en cuando la cáscara del mango y me saboreaba en mascarme una de lima que en la bolsa del calzón me había encontrado; repasaba los nudos del cordel de mi trompo y le emparejaba con los dientes las canelas y secos que me le habían inferido en la mancha brava de la vispera, en el altozano de la Catedral.

De repente me siento cogido por la espalda, con un par de manos olorosas a zumo de naranja encima de los ojos, y oigo una voz vibrante y juvenil que me grita:

—¡Manuelillo, huyámonos de la escuela y vamos a bañarnos a la presa, va con nosotros Toño Arguedas, los Pinto y el Cholo Parra!

El que me llamaba con tanta zamalería era mi amigo íntimo, mi compañero inseparable, mi siempre admirado negro, Alejandro González Soto, el que hoy duerme el sueño eterno en el fondo del océano, digna tumba de tan digno carácter.

Vacilé un instante, el deber me llamaba a la escuela, veía pasar por delante de mis ojos, amenazadores y terribles, las riendas que mi padre usaba como instrumento de castigo, veía las lágrimas surcar silenciosas por las pálidas mejillas de mi madre y oía la voz de mi hermana Marcelina, que decía: «No le pegue más, papito, no le pegue más». Hice un débil esfuerzo para alejar aquellas visiones importunas, y como el acero sigue al imán, me sentí arrastrado por el placer de la escapatoria y del baño y contesté:

—Bueno, vamos, pero cuidado nos cavilosean.

Todos deshicimos parte del camino recorrido y a saltos y brincos, llegamos a la presa, al lugar en donde hoy se encuentran los lavaderos públicos, en las orillas del río Torres, camino del Ballestero. Como cincuenta varas antes de desembocar a la plazoleta que daba frente al remanso, ya la mayor parte de nosotros no tenía puestos más que los calzones; todo el resto del vestido colgaba ya en apretado motete debajo del brazo. Era cuestión de alta nombradía lograr echarse al agua el primero. Ese puesto no se le podía arrebatar al Cholo Parra, que no usaba zapatos y casi no gastaba camisa ni chaqueta; para él quitarse los calzones y la camiseta de manta era la obra de persignarse un cura loco, y ape-

nas si podíamos oír el chasquido del agua al caer el pesado cuerpo cobrizo del Cholo, al principiar nosotros a soltar la faja de los calzones.

El Cholo, Toño y los Pinto eran insignes nadadores, se tiraban de la Punta del Cascajo y después de estar consumidos largo rato, braceaban airosos hasta el Castillo, del que tomaban posesión a los pocos minutos.

Alejandro y Chepe no alcanzaban puntos tan altos, pero sí aguantaban mucho de consumida y nadaban de «a lao» y de espaldas. Si no me equivoqué, Alejandro sabía dar el zapatazo y yo casi hacia el candelero, pero este último ejercicio sólo recuerdo exactamente habérselo visto hacer a Parra con una perfección envidiable.

Yo era además de mal nadador, sumamente pusilánime y era para mi obra de mérito cuando me tiraba del Cascajillo y con «nadao» de perro llegaba, ahogándome, a la Pocilla de los chiquillos, con un pie en el fondo y el agua a la cintura; pero me daba aires, tenía mi cáñamo amarrado a la barriga como el Cholo y sacudía desdeñoso la cabeza para quedar peinado con un golpe de agua, como coyol «chupao».

Todos los compañeros estaban ya en el agua; sólo yo estaba tiritando, sentado a la orilla del Cascajo, contemplando envidioso

los graciosos movimientos de los nadadores sin atreverme a echarme al río, cuya temperatura había tanteado metiendo la pierna hasta la rodilla.

—¿Y diái, no te echás? me gritó Alejandro.

—Echémoslo al Cascajo, vociferó Toño, al mismo tiempo que Jenaro Pinto me zampaba en el pecho una pelota de barro.

Atemorizado, convulso, lloroso, corrí a ampararme al lado de una lavandera que estaba metida hasta la pantorrilla en un ojo de agua lleno de cabezones y ranas verdes, y tal era mi congoja que no veía por donde pisaba, resbalé en una laja y caí entre la batea de la pobre vieja, emporcándole la ropa de segundo ojo y un fustán engomado, que parecía un globo ensartado en una mata de guisano llena de manchas de jabón.

La vieja me cubrió de insultos y nalgadas y me asertó un mojiçón en un ojo que me hizo ver candelillas.

Del pozo me sacaron entre Alejandro y Toño y en medio de una algazara de once mil diablos, sordos a mis gritos y patadas, me lanzaron a medio río, en donde me di un panzaso que me dejó colorado como un tomate todo el vientre y parte de la rabadilla.

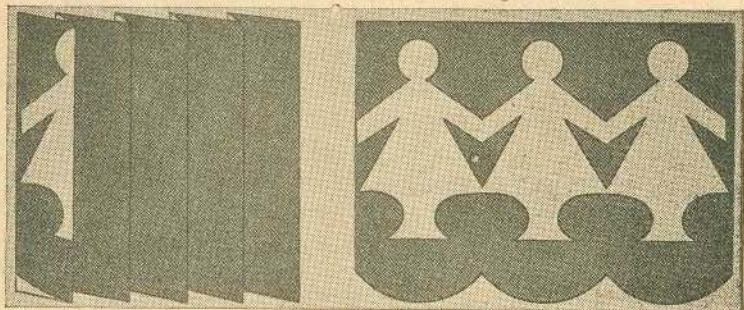
Me ahogaba, tragaba agua a borbollones, estaba perdido, la visísima luz del día llegaba amarillenta a mi pupila buena al través de las fangosas aguas, y mis esfuerzos eran impotentes para

salvarme. Sentí que me agarraban de una mano, que me tiraban fuertemente y por fin la luz hirió mi vista con inusitado brillo, con fulgor indescriptible. Eché a llorar en medio de las carcajadas de los compañeros y me encaminé mustio y cabizbajo, como perro regañado, al lugar en donde me había desvestido. Soplaba un viento fuerte, me acalabraba; fui a ponerme los calzones y no pude, me les habían echado bizcocho; a la camisa y a la blusa les había pasado otro tanto; cada nudo de aquellos, apretado por las robustas manos de Cholo Parra, era indestructible. Por fin, a fuerza de dedos y dientes y uno que otro rasgonazo, logré deshacer el daño y vestirme. ¡Nuevo tormento! Se habían llevado el bulto los de la Banda Chiquilla, Jenaro Pinto se había comido mi mango y Ernesto se había bebido mi agua de dulce con limón, y todos huyendo me habían dejado solo.

Lloré largo rato, me encaminé a casa con un miedo horrible, llegué cuando principiaban a servir la comida, oí la voz de mi padre que preguntaba airado por sus riendas, y caí en el quicio de la puerta, víctima de un desmayo.

Todo había sido un sueño, pero un sueño horroroso, tan horroroso y tan... que... vaya, pues lo digo. No, basta saber que todo ese día el colchón de mi cama, tendido sobre dos taburetes recibió los ardientes rayos del sol.

Muñecas que se dan la mano



Tome un papel cualquiera. Dóblelo como indica la figura de la izquierda. Dibuje sobre el primer dobléz la mitad de una muñeca; corte ese dibujo cogiendo todos los dobléces. Abralo y tendrá una serie de muñecas cogidas de la mano.

IDOZÁN

PREPARADO DE HECHO
 natural y seguro
 con 100% de hierro
 elemental puro. No
 contiene azúcar ni
 alcohol. Cuida al
 cuerpo.

CURA ANEMIA
 DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Manos generosas, manos poderosas.

María del Pilar

ES la hora del recreo. En un rincón del patio cuatro pequeñas del primer grado se sientan sobre la yerba con el propósito de hojear un libro de estampas. María del Pilar, una graciosa española es la que pasa las páginas. De pronto, todos los ojos se posan acariciadores sobre una de las láminas: la de una hermosa mujer con un niño en los regazos. ¡Qué linda!... murmuran cuatro voces a la vez y María del Pilar dice: así de bella era mamá antes de la fiebre y era tan buena!—¿Es fea ahora?—exclama una risueña pelirroja.—Fea y mala contesta la niña con cierto tono de tristeza.—Cuéntanos cómo se hizo fea—se atreve a decir la menorcilla, una rubia encantadora.—Cuéntanos, cuéntanos—repiten todas y María del Pilar, muy seria, habla así:

—Antes vivíamos en España. Eramos muy felices; bien recuerdo que mamá era muy bonita: blanca, de grandes ojos negros y me quería mucho, no me llamaba María del Pilar, sino Nené. Un día mamá cayó enferma con terrible fiebre. Se la llevaron a un hospital para curarla. Pasaron muchos días, yo no sé cuántos y mamá no volvía. Siempre que preguntaba por ella me decían que seguía enferma. De pronto papá se vino a

la América, y vean Uds., ¡qué extraño! mamá se vino con él sin decirme adiós. Aquello me puso muy triste, sin embargo olvidé esa tristeza cuando meses más tarde enviaron por mí. Iba a ver a mamá y a vivir a su lado otra vez, y para siempre! Hice el viaje a la América sola en un gran vapor. ¡Qué desencanto al desembarcar! La mamá que allí me esperaba era distinta: morena, de ojos pequeñísimos, de mirada grave. Papá se adelantó para decirme que la fiebre había cambiado a mi madre.—Nada importa—dije yo, he de quererla siempre, aunque no sea bella. Pero no he podido, porque mamá ya no es buena conmigo: ya no me llama Nené, sólo María del Pilar, me azota a cada rato y me hace trabajar muy duro. Y como prueba de la crueldad de la que ella, en su inocencia cree todavía que es su verdadera madre, la pequeña, empapados los ojos en lágrimas, muestra a sus compañeras las palmas llenas de callosidades de sus manecitas blancas.

Suena la campana que anuncia el final del recreo. Las cuatro chiquillas, serias, pensativas y silenciosas se van a colocar en sus respectivos puestos de la fila del primer grado.

M^a. DEL R^o. ULLOA DE FERNÁNDEZ



El dolor más agudo

cede en pocos minutos a la maravillosa acción de la

Aspirina

No sólo proporciona alivio rápido y completo, sino que levanta las fuerzas y regulariza la circulación de la sangre, debido a lo cual imparte un saludable bienestar.

**NO AFECTA EL CORAZÓN NI
LOS RIÑONES.**

Dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; cólicos menstruales; reumatismo; consecuencias de las trasnochadas y los excesos alcohólicos, etc.

